

MOZART Y SU LITERATURA PARA PIANO SOLO

por

Claudio Arrau

Casi todos los conceptos equivocados sobre Mozart pueden imputarse al siglo XIX. Para el siglo XIX, el XVIII era meramente elegante, formal, ingenuo y amante del placer y, por lo tanto, superficial, frío y lógicamente sin alma ni profundidad. Todos sabemos que Bach, aunque perteneció a un período anterior y diferente, ha sido y sigue siendo acusado de estos vicios, y Mozart, para no mencionar a Haydn, no le ha ido en zaga. Tuvieron que pasar más de cien años para que la gran Sinfonía en Sol menor fuera comprendida como la obra esencialmente trágica que es, y una igual cantidad de tiempo para que se lograra una comprensión adecuada de *Don Giovanni* y *La Flauta Mágica*. Pero, desgraciadamente, los hábitos antiguos no mueren rápidamente, y hay muchos que, a causa de lo equivocado de estos conceptos del siglo XIX, insisten en mirar a Mozart como alegre, liviano y encantador, y, en sus ejecuciones, pasan por encima de sus dolorosas heridas abiertas con la precisión y brutalidad de un taladro mecánico.

Se ha olvidado el hecho de que el siglo XVIII fue una época de exaltación y revolución, la alborada del ideal de la dignidad y libertad personales. El "Werther" de Goethe, vio la luz en 1774; y el drama de Maximilian Klinger, "Sturm und Drang", fue impreso en 1776, dando su nombre a todo un período de impaciencia y rebelión mucho antes que el Movimiento Romántico. La "Crítica de la Razón Pura" de Kant apareció en 1781. Y esto para no mencionar a Voltaire, a Rousseau y a Beaumarchais. ¿Y Mozart? No sólo fue un hombre de su época, sino, como creador, el realizador de ella en todos sus numerosos aspectos.

Pero en la mente de casi todos, hoy en día, la grandeza de Mozart es asociada sólo con la perfección clásica y la perfección en este orden, como todos hemos llegado a pensar, no puede ser muy humana. Este es el origen del problema. Pero la grandeza de Mozart emana del hecho de haber sido tan perfectamente humano, en el sentido de ser completo —completamente humano. Fue un hombre íntegro como por un

raro don divino, sin conflictos o luchas por la expresión. Estaba al mismo tiempo en el cielo y en la tierra, y esa unidad sumada al genio da el carácter único de Mozart. Beethoven es sentido como más "humano" (como se oye decir hasta en los círculos más informados) porque en él la lucha humana se encuentra muy grabada en su elaboración musical. Pero la condición humana es aún más aguda en Mozart, precisamente, porque el sufrimiento y la tragedia caminan tomados de la mano con la expresión convencional de su tiempo: el rococó.

Si no fuera por el hecho de que Mozart se realizó tan completamente como creador, casi podría decirse, que es el más trágico de los grandes compositores, porque en él la tragedia es congénita, interior, una parte integrante de la realidad del ser, de la aceptación de la vida, y, por consiguiente, de la muerte. En Mozart no hay solución a la tragedia, y en ninguna parte puede verse esto más claro que en su gran Fantasía K 475 y en su Sonata en Do menor K 457, que termina tan desoladamente como comienza. ¿Por qué ha tenido que pasar tanto tiempo para que esto haya sido comprendido, cuando habla por sí solo en cada una de las páginas de su música? La respuesta consiste en que es algo que aún nos queda por asimilar, y esto nos lleva al asunto de su literatura para piano solo, a su grandeza y proyección, probablemente la parte de su obra más incomprendida hoy día.

Se supone que en alguna parte Haydn dijo que "si de Mozart no quedaran más que sus cuartetos y el *Requiem*, estas obras bastarían para contarle entre los más grandes compositores". Yo digo que si no se conocieran las óperas, los conciertos y las sinfonías, la literatura para piano solo bastaría para mostrarnos a un genio de los más extraordinarios.

Las sonatas completas para piano, dieciocho en número, que van desde las seis (K279-284) compuestas entre los 17 y 19 años, hasta la última (K 576), en 1789, han sido consideradas por algunas razones como meros peldaños hacia Beethoven. En consecuencia, son entregadas para que las toquen los estudiantes jóvenes y, debido a que son obras que requieren nada menos que los años de mayor madurez de un artista para su comprensión, permanecen desconocidas tanto para los estudiantes como para los demás.

Desde el comienzo, Mozart llena los moldes convencionales de su tiempo con la sangre de su propia vida y, en tanto que crece y se desarrolla, que vive y sufre, las sonatas van siendo el espejo de su alma y su mente. Así la Sonata en Do mayor K 309, compuesta en Mannheim a los 21 años, es descrita por él a su padre como "una magnífica Sonata en Do, ruidosa y sonora", y muestra la alegría de su feliz estada en esa ciudad y la influencia de la famosa orquesta de Mannheim, con su novedoso estilo de tocar el crescendo y diminuendo. Entonces va a París, donde deja de ser un niño mimado, experimenta el fracaso como artista y la desgracia amorosa, y compone la gran Sonata en La mayor K 310, obra tan tremenda y original que los académicos franceses Wyzeva y Saint Foix, se manifiestan sorprendidos de que Mozart la hubiera escrito tan temprano, evidentemente sin precedentes. Pero la Sonata K 309 nos conduce hacia ella; con claridad meridiana, también bajo la influencia de Mannheim en el colosal primer movimiento, que tiene una proyección tan grande como cualquiera de las grandes sinfonías, hasta el subyugador movimiento lento y el maravilloso y dramático Presto final. La intensidad y pasión, en total, hacen considerarla como la contraparte musical del "Sturm und Drang", años antes de la "Appassionata" de Beethoven.

Hasta el final de su vida, Mozart pasó por la fase más extraña de su evolución musical y en ninguna otra parte de su música esto se pone en más evidencia que en la literatura para piano de sus últimos años, llenos del presentimiento de la muerte. Esto se muestra especialmente en el conmovedor Adagio K 540, que dura dieciséis minutos, y que encierra todo un mundo de tristeza; en el gran Rondo K 511, el personal documento de sufrimiento jamás compuesto, y en el Minueto K 355, que es como un cortejo fúnebre que emana de la tumba.

En las dos últimas grandes sonatas K 570 y K 576 y en la última obra que escribió para el instrumento, las Variaciones K 613, Mozart delinea su escritura pianística en trozos virtualmente desnudos, que, con su lejanía casi abstracta y su solitario adiós, en oposición a las últimas obras de Beethoven, no llegan a la trascendencia de un reino ultraterreno, sino a un último sumergimiento en las dolorosas raíces del permanecer en este mundo.

(Traducción de Gastón Renard).